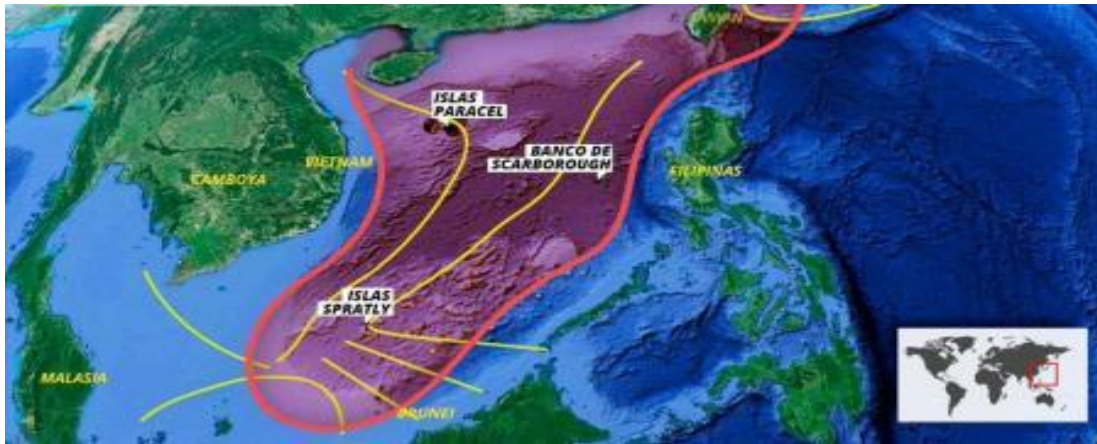


Eva Borreguero Sancho

El Indo-Pacífico, epicentro de la principal batalla geopolítica del mundo

La Vanguardia, 27 de abril de 2023.



El mar de la China Meridional, en disputa en el sudeste asiático

Motor de la economía mundial, la región ya es un enorme tablero de intereses donde se juega la estabilidad y la prosperidad globales.

El encuentro del G-20 celebrado en Indonesia, donde el mandatario Joko Widodo pasó el testigo de la presidencia a Narendra Modi, puso de relieve la importancia del Indo-Pacífico. Para el alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores, Josep Borrell, una “región del futuro”, pero también de creciente “inseguridad y tensiones”. Zona formada por los océanos que le dan nombre, con orillas en la práctica totalidad de continentes –Asia, África, Australia, América del Norte y del Sur– y con doble condición de riesgo y oportunidad.

El Indo-Pacífico como red de redes

En tanto que foco de oportunidades, cabe destacar que el Indo-Pacífico genera un 60% del PIB mundial y dos tercios del crecimiento global. Para la UE supone un enclave del que dependen su seguridad y prosperidad –un 40% del comercio exterior europeo atraviesa el mar de China Meridional– y el segundo destino de sus exportaciones. También constituye un espacio de competencia entre Beijing y Washington por dar forma al nuevo orden global. El Indo-Pacífico acoge una red de redes de convergencia y rivalidad, de alianzas que forjan una interdependencia en comercio, transporte, medioambiente y defensa, hacia donde confluyen las nuevas estrategias mundiales de política exterior: el Quad o Diálogo de Seguridad Cuadrilateral formado por Australia, India, Japón y EE.UU.; el AUKUS, trilateral de cooperación en defensa entre Australia, Reino Unido y EE.UU.; las fórmulas flexibles de los minilaterales entre tres países para temas específicos acordados. O, por el contrario, grandes iniciativas de mercado económico que buscan integrar al mayor número de países: el Acuerdo Transpacífico (CPTPP), la Asociación Económica Integral Regional (RCEP) o el Marco Económico Indo-Pacífico para la Prosperidad (IPEF) presentado en mayo del 2022 por EE.UU. Sin olvidar las iniciativas geopolíticas de Beijing tal que Nueva Ruta de la Seda o la Iniciativa de Seguridad Global.

La posición de Taiwán

En este espacio de intereses imbricados y enfrentados se encuentra Taiwán. Aunque posee una relativamente pequeña porción de territorio, con una superficie algo mayor que la de Sicilia, tiene un valor único por la ubicación, desarrollo de su industria tecnológica y modelo político de gobernanza.

La posición geográfica de la isla, entre los mares de Japón, China Oriental, China Meridional y Filipinas, la convierten en una entidad política vital dentro del Indo-Pacífico, de modo que de producirse una crisis en el estrecho de Taiwán las líneas de navegación por las que discurre el comercio marítimo mundial podrían verse interrumpidas, afectando a la segunda, tercera y decimotercera economías del mundo, las de China, Japón y Corea del Sur.

El elevado desarrollo de la industria de microprocesadores –donde TSMC, el principal fabricante de chips para inteligencia artificial y computación de Apple, juega un papel indispensable– coloca a Taiwán en el vértice de producción de ordenadores, móviles, coches, aviones y misiles. Y, por lo tanto, de la que depende, la electrónica de tecnología avanzada. De nuevo, un hipotético enfrentamiento con China, accidental o buscado, incluso en el supuesto caso de que el Ejército de Liberación Popular tomase la isla y con ella estas tecnologías críticas, el desarrollo de la industria se vería seriamente afectado. Por eso, y de cara a reducir la exposición a posibles escenarios de riesgo, las compañías del sector, apoyadas por sus respectivos gobiernos, están considerando diversificar los negocios y trabajar con Taiwán y la TSMC para producir fuera de la isla. Entre los países más beneficiados de estas medidas se encuentra India, a donde próximamente Apple trasladará parte de su producción del iPhone.

Un aspecto que convierte a Taiwán en un desafío a los ojos de Beijing e incrementa el valor referencial que posee en el marco del Indo-Pacífico, es su sistema político. Un modelo parlamentario, sustentado sobre una sólida sociedad civil, con altos índices de libertad de expresión, cuyos ciudadanos disfrutan los beneficios de las libertades individuales. Cuestiones estas que ofrecen una poderosa contranarrativa a la posición oficial del Partido Comunista Chino (PCCh), crítica con lo que denomina “democracia occidental” y la universalidad de los derechos humanos. El éxito del sistema taiwanés cuestiona y, por lo tanto, resta credibilidad al ideal de lo que Joshua Cooper ha llamado “consenso de Beijing” y que Beijing busca ofrecer al sur global como alternativa al modelo liberal dominante. Una opción de desarrollo basada en el crecimiento económico y la innovación, bajo la férrea tutela de un gobierno centralizado y de partido único.

Estos factores –posición geográfica, centralidad en las cadenas de producción tecnológicas, y apertura política– hacen de Taiwán un enclave crucial en el Indo-Pacífico y foco de competición entre EE.UU. y China. Cualquier roce entre las dos potencias vinculado a la isla podría escalar en un conflicto militar y poner en peligro el comercio internacional y las cadenas de abastecimiento. Además, para los intereses estratégicos de EE.UU., una reunificación forzosa tendría consecuencias desastrosas dado que posicionaría a China en la *primera cadena de islas*, una barrera natural estratégica formada por los archipiélagos de Asia Oriental y que se extiende desde Malasia y Filipinas hasta las islas Kuriles, entre Japón y Rusia, pudiendo desplazar a la Marina norteamericana hacia los márgenes de la *segunda cadena de islas* que se adentra en el océano Pacífico. Ante esta contingencia, sus aliados y partidarios –Japón y Corea del Sur– quedarían expuestos a la presión de Beijing.

El auge de China

Aun cuando Beijing ha consolidado una posición regional dominante a través del comercio, las inversiones de la Nueva Ruta de la Seda y una arquitectura institucional financiera apuntalada por organizaciones como el Banco Asiático para Inversión en Infraestructuras (AIIB), existe por lo general una creciente inquietud por el impacto del auge de China y su capacidad de proyectar poder militar sobre el Indo-Pacífico. Especialmente a la luz de las políticas domésticas adoptadas por el PCCh bajo la presidencia de Xi Jinping: la ley de Seguridad Nacional de Hong Kong, la condición de los uigures en la región de Xinjiang denunciada por la Oficina de Derechos Humanos en las Naciones Unidas, o la gestión del coronavirus que ha oscilado entre los excesos de la política de cero covid y el levantamiento repentino de las restricciones. Pero también por la agresividad desplegada en el mar de China Meridional y ante el temor de que se dé una reunificación forzada en Taiwán.

Las posiciones de los países del Indo-Pacífico respecto a las aspiraciones de Beijing van desde un apoyo incondicional, sirva de ejemplo Pakistán –“hermanos de hierro indestructibles con un futuro compartido” según la terminología oficial china–, a la rivalidad más o menos abierta de las grandes democracias de la región –Japón, India y Australia– a su vez aliadas estratégicas de EE.UU., pasando por la ansiada neutralidad de aquellas naciones que buscan situarse al margen de la rivalidad sino-americana, entre las que destaca la Asociación de las Naciones del Sudeste Asiático (Asean).

La respuesta a las tensiones que despertó la visita a Taiwán de la presidenta de la Cámara de Representantes de EE.UU., Nancy Pelosi, puso de manifiesto este espectro de actitudes.

India, aspirante a potencia mundial

En el caso de India, las autoridades mantuvieron un silencio calibrado. A raíz de la invasión rusa de Ucrania, las intenciones de la política exterior india, su grado de compromiso real con el orden internacional y el papel que aspira a ejercer en calidad de potencia mundial están siendo objeto de intensos debates. Desde que en el 2008 Nueva Delhi firmase con Washington el Acuerdo de Cooperación Nuclear Civil se ha producido un gradual acercamiento –intensificado bajo el mandato de Modi– hacia la potencia americana y un alineamiento en defensa del derecho internacional que encarna el concepto “Indo-Pacífico libre y abierto”, un espacio de navegación libre de injerencias coercitivas como las que practica Beijing. Si hay un país que se ha beneficiado mayoritariamente de la consolidación del Indo-Pacífico, ese es India, propulsora, junto con Abe Shinzo, de la nueva visión geopolítica y ubicado en una posición continental predominante. India es un pilar central en la estrategia del Indo-Pacífico a través de su participación en el Quad y por la colaboración que mantiene con Francia y otros países de la UE en materia de seguridad marítima. Pero no por ello ha abandonado su vocación de potencia no-alineada que abanderase teóricamente durante la guerra fría –como demostró al abstenerse en las resoluciones contra Rusia de la ONU– lo que ha generado un cierto grado de inquietud, en especial en su relación con China, con la que tiene un doble vínculo de dependencia y conflicto.

De un lado, ambos países mantienen estrechos lazos comerciales y participan en foros regionales, entre ellos la Organización de Cooperación de Shanghai. También comparten la memoria de un pasado colonial y la consecuente desconfianza hacia Occidente. De

otro, la estrecha complicidad de Beijing con su némesis Pakistán, o los altercados fronterizos entre soldados de ambos ejércitos han arrimado a Nueva Delhi a la órbita de EE.UU. y sus aliados en la región. El último de los enfrentamientos tuvo lugar el pasado mes de diciembre, en el estado nororiental indio de Arunachal Pradesh, cuando soldados de ambos ejércitos se enzarzaron en una refriega a golpes de palo –la utilización de armas está prohibida por acuerdo mutuo para evitar una escalada no deseada– que dejó heridos en los dos bandos. La frontera entre India y China –disputada y crecientemente militarizada–ha padecido el aumento de escaramuzas desde el 2020 cuando el valle de Galwan fue escenario de uno de los choques más mortíferos de las últimas décadas.

Con Taiwán, India mantiene vínculos de aproximación y cautela. Por un lado, existe la voluntad de estrechar la colaboración, por otro el temor a una represalia de cruzar las líneas rojas marcadas por Beijing. Si bien en los últimos años, los intercambios bilaterales han crecido, sobre todo en el terreno económico, la ausencia de reciprocidad de Beijing en las disputas territoriales con India está propiciando un debate en Nueva Delhi sobre la eficacia de mantener una actitud tan precavida y la posibilidad de contemplar un acercamiento a Taiwán que incluya el ámbito político. En última instancia, la decisión dependerá de la resolución de las disputas fronterizas. El ministro de Exteriores indio, S. Jaishankar, recientemente declaró que China e India atravesaban una “fase extremadamente difícil” y que el regreso a la normalidad dependerá de la reciprocidad en la sensibilidad, respeto e interés, donde “El estado de la frontera determinará el estado de la relación”.

Un Japón más asertivo

En situación diferente se halla Japón, profundamente alarmado ante una posible crisis en el estrecho de Taiwán, malestar que se ha visto intensificado con la guerra de Ucrania. A pesar de la distancia física, la agresión rusa se ha visto como un episodio replicable en territorio asiático –“existe una fuerte sensación de urgencia de que Ucrania hoy podría ser Asia Oriental mañana”, comentó el primer ministro japonés Kishida Fumio el pasado verano–, propiciando la aceleración de cambios en materia de defensa.

Esta sospecha hunde sus raíces en la visión del ex primer ministro japonés, Abe Shinzo, promotor del Cuadrilátero, Quad, y al que se le atribuye la creación del nuevo concepto del Indo-Pacífico, un espacio de fusión de los dos océanos que brindaba la oportunidad de acercar a India y Japón en cuestiones de seguridad vinculadas al ascenso de China. Lo expuso en el 2007 durante un viaje oficial a Nueva Delhi, en un discurso ante el Parlamento sobre la “Confluencia de los dos mares” refiriéndose al espíritu de cooperación entre las grandes democracias asiáticas, un asianismo ejercido en nombre de la libertad y el respeto mutuo. Desde entonces Abe defendió la necesidad de que Japón adoptase un papel regional más participativo, planteó un apoyo abierto hacia Taiwán, y expresó de modo directo su inquietud por el destino de la isla, afirmando que “una emergencia en Taiwán es una emergencia japonesa y, por tanto, una emergencia para la alianza Japón-EE.UU.”. Tras su asesinato en el 2022 el Gobierno nipón ha secundado su legado de compromiso con Taiwán. En diciembre, Koichi Hagiuda, el presidente del Consejo de Investigación Política del Partido Liberal Democrático (PLD) visitó Taipéi –la primera vez en casi veinte años que un alto cargo del PLD visitaba la isla– y mantuvo una reunión con la presidenta Tsai Ingwen.

En la actualidad, China encarna para Japón la principal amenaza internacional, seguida de Corea del Norte y Rusia. Así lo enuncia la Estrategia de Seguridad Nacional publicada hace unas semanas, que menciona los intentos de Beijing por cambiar unilateralmente el

statu quo en el mar de China Meridional, su alianza estratégica con Rusia, y las intrusiones en las islas Senkaku del mar de China Oriental. Además de las repercusiones directas de las tensiones en el Estrecho: en agosto el propio presidente chino, Xi Jinping, decidió que los misiles balísticos lanzados por el ejército durante los ejercicios militares cerca de Taiwán cayeran en la zona económica exclusiva de Japón.

Los últimos acontecimientos han llevado a Japón a abandonar la postura restrictiva en defensa y a aumentar el gasto militar que está previsto pase de un 1% del PIB a un 2% en el 2027. Con ello la potencia nipona deja atrás los condicionantes de su derrota en la Segunda Guerra Mundial y avanza hacia una postura de seguridad más independiente y firme.

Corea del Sur y Filipinas

En otro plano se encuentran aquellos países que buscan evitar provocar la ira de Beijing, pero cuya defensa del orden internacional converge con la de Washington. Ocurre con Corea del Sur, que el pasado 28 de diciembre presentó su primera Estrategia del Indo-Pacífico, “una doctrina de política exterior de facto”, en palabras del ministro de Exteriores, Park Jin. El texto en sí supone una declaración de principios en defensa de un “Indo-Pacífico libre, pacífico y próspero”. Lamenta el retroceso de valores universales como la libertad, los derechos humanos y el Estado de derecho, se opone a cualquier cambio unilateral del statu quo por la fuerza, señala la importancia de la paz y estabilidad en el estrecho de Taiwán, se compromete a apoyar a las naciones con las que comparte su condición de democracia liberal y declara la aspiración de convertir a la República en un Estado global pivote. Es decir, pese a que en ningún momento Seúl declara la amenaza de Beijing, se alinea en valores y visión política con las democracias que han elaborado estrategias del Indo-Pacífico (EE.UU., India, UE, Japón) más claros en su crítica a la potencia asiática.

En una posición cercana se encontraría Filipinas, donde el nuevo presidente, Ferdinand Marcos jr. intenta mantener una ecuación de intereses equilibrada entre China y EE.UU., pero en conflicto abierto con Beijing por sus reivindicaciones marítimas en aguas próximas a Filipinas. Durante la visita del secretario de Estado norteamericano, Antony Blinken, a Manila en agosto pasado, Marcos comentó que la crisis de Taiwán “no hace sino poner de manifiesto la importancia de la relación entre EE.UU. y Filipinas. Espero que sigamos desarrollando esa relación frente a todos los cambios que hemos estado viendo”.

Conclusión

En consecuencia, el destino del Indo-Pacífico se halla indefectiblemente ligado a la estabilidad de Taiwán. Ante una eventual crisis en el Estrecho aquellos países que se verían más afectados están fortaleciendo y redefiniendo las políticas de defensa y seguridad. Como eje nodal de un entramado de intereses globales Taiwán refleja el desplazamiento de poder hacia el Indo-Pacífico como nuevo escenario de oportunidades, pero también de amenazas a corto y medio plazo.

Eva Borreguero Sancho es profesora de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid. Autora de ‘India. Historia de una civilización’.